

to con las noticias que en él se contienen acerca de Constantinopla. El manuscrito se encuentra en la Biblioteca de Palacio, pero el editor ha recorrido, además, varios archivos, a la búsqueda de documentación sobre el autor y sobre las condiciones y circunstancias del viaje.

El destino de los resultados de muchos de los viajes que hicieron los marinos españoles del XVIII fue permanecer inéditos en los archivos ministeriales. En este caso la norma se cumplió, con la peculiaridad de que, al menos, una obra se publicó dando cuenta y publicidad de aquel viaje realizado en 1784 por cuatro navíos con el objetivo de sellar la paz del reino de Carlos III con la Puerta Otomana, y el autor no era Aristizábal. Ese libro, de José Moreno, apareció en 1790, y se sirvió bastante del manuscrito que aquí se publica. Moreno trabajó su obra por encargo de Floridablanca, que se sentía muy ufano de la paz conseguida, como señala en su *Memorial*. Antes, en 1785, había pedido que enviaran «dos sujetos» que supieran turco y pudieran trabajar en El Escorial. Llegó el sirio de Alepo Elías Scidiac, que fue bibliotecario real.

En 1793 José Solano Ortiz de Rozas publicó otro libro, resultado de otro viaje a Constantinopla en 1786.

En su detallada introducción, González Castrillo nos informa sobre la carrera y la vida del marino Aristizábal y comenta el manuscrito: el derrotero de la expedición, los puertos en los que atracó, las incidencias de la navegación, las impresiones que le causaron los monumentos, la corte, la organización política y militar, para acabar con el regreso y las otras comisiones del que llegó a ser Teniente Coronel y murió en 1805. A continuación se hace un «calco literal» del manuscrito manteniendo su ortografía y puntuación, lo que no siempre es aconsejable en un texto como este de finales del siglo XVIII. En todo caso, es un cri-

terio y el editor se muestra fiel en todo momento a él.

El diario de Gabriel de Aristizábal relata los pasos dados, hace distintos inventarios, relaciona los regalos que llevaba para el sultán y sus ministros, repara en las incidencias climatológicas y demás relativas a la navegación y hace, naturalmente, observaciones de carácter bélico, por ejemplo cuando repara en los castillos y fortificaciones de La Valetta y alrededores, sin olvidar las observaciones sobre la índole de los habitantes y otras informaciones económicas, geográficas, etc., que puedan servir a su país. Así, de los malteses, dirá que «son frugales, y laboriosos, además gozan de una dominación suave pues solo pagan 3 por 100 de diezmos Eclesiásticos, y 5. de la Extracción del Algodón» (pp. 97-98).

La segunda parte del manuscrito, algo más de la mitad, se dedica a ofrecer noticias sobre Constantinopla, las cuales se acompañan de vistas y planos. Esta sección, en la que se habla de los monumentos, del urbanismo, del ejército, de la marina, de las costumbres, del harén, es la que, seguramente, más pudo aprovechar José Moreno para su libro. La idea general que de los turcos transmite el marino es bastante negativa, pues repara más en lo «decadente» o «corrupto» que en los aspectos constructivos.

Hay que llamar la atención del lector sobre la calidad y el interés de las ilustraciones, muy detalladas, que, como adelanté, muestran paisajes y puntos de interés estratégico (como fortalezas, castillos, puertos y canales). Se reproducen también maquinarias diversas y armas para dar una idea de la capacidad tecnológica y militar del Imperio Otomano. Si la narración de Gabriel de Aristizábal tiene interés, no es menor el de estas ilustraciones, meticulosamente reproducidas y realizadas por miembros de la expedición.

La lectura de esta relación de viaje no

defraudará, pues tanto hay materia de interés para el filólogo como para el historiador, el arabista, el etnólogo, el marino o el estudioso del dibujo y la ilustración en el XVIII.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS

GONZÁLEZ TROYANO, Alberto (coord.), Marieta CANTOS CASENAVE y Alberto ROMERO FERRER (eds.), *Historia, memoria y ficción. IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850)*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1999, 419 pp.

La Universidad de Cádiz celebra desde hace años un congreso multidisciplinar bajo el epígrafe genérico de *Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, dedicado al estudio de la historia, la filosofía, el arte y la literatura de España, Europa y América entre 1750 y 1850, siempre en torno a un asunto monográfico. Este congreso bianual —ya veterano, pues ha alcanzado en 1999 su décima edición— publica puntualmente sus actas: aparecidas ya las últimas entregas sobre *La mujer* y *La identidad masculina*, le toca el turno al IX Encuentro, que versó sobre *Historia, memoria y ficción*.

La representación del coordinador, Alberto González Troyano, nos orienta acerca del eje de la investigación planteada en esta ocasión: el conflictivo tránsito entre la reconstrucción histórica y la recreación literaria de esa misma historia. «Se percibe ahí un sugestivo campo de interferencias entre historiadores, biógrafos, escritores de memorias, novelistas y literatos. Debidamente enfocado, de manera que se privilegien las certezas y los riesgos compartidos entre esa amplia gama de cultivadores de la escritura, puede surgir este tipo de debate que quieren auspiciar estos encuentros» (pp. 12-

13). Se trata, entonces, de poner en claro uno de los puntos más debatidos en los últimos tiempos: el estatuto de la ficción, cuyos márgenes, de suyo propios, han ido dilatándose hasta abarcar una nutrida gama de escritos que tradicionalmente reclaman para sí la pretensión de reproducir de forma fidedigna la realidad (autobiografías, historia, hagiografía y muchas más). A menudo, leyendo trabajos recientes de teoría literaria parecería que la realidad —su conocimiento, su representación, a veces incluso ella misma— simplemente ha dejado de existir en términos culturales.

Hay en este volumen treinta y cuatro contribuciones de muy diversa naturaleza, aunque en esta reseña haré referencia especial a las relacionadas con la literatura española, que son las más numerosas: veintitrés artículos se pueden agrupar bajo esa etiqueta. De éstos, creo que pueden establecerse tres grandes bloques de interés, dedicados respectivamente a la historiografía, la literatura y la historia en la literatura.

En el primer bloque pienso que se ha de incluir el trabajo de Gérard Dufour, que aborda una materia en la que es reconocido especialista, la evolución entre 1797 y 1817 de los escritos sobre la Inquisición de J. A. Llorente, sin duda uno de los historiadores más influyentes en la memoria europea y española, cuyos cambios ejemplifican muy bien el carácter instrumental que posee la escritura histórica en tiempos de conmoción política: «Una evolución altamente significativa de la transformación de un ilustrado del XVIII en un liberal del XIX» (p. 22). Otros tres historiadores ilustrados reciben atención. Victoria Galván se ocupa de la historia canaria publicada por J. Viera Clavijo entre 1772-1783, centrándose en dos puntos en apariencia contradictorios: la superación en sentido crítico del modelo historiográfico de las crónicas y el recurso a relatos ficticios como parte de la

reconstrucción histórica. Marion Reder estudia al historiador local C. Medina Conde y sus *Conversaciones históricas malagueñas* (1789-1793): se interesa en especial por la biografía del autor y por la estructura y contenido de su obra. José L. Rodríguez Montederramo, por su parte, pone la mirada en los escritos del P. Sarmiento acerca del *Libro del Buen Amor*, que sirven para conocer mejor la formación del canon literario medieval español, de la que fueron responsables los eruditos del XVIII. Ya entrando en el XIX, otro erudito local, el gaditano Adolfo de Castro, es objeto de la atención de Yolanda Vallejo, bajo el significativo título de «La invención de la Historia».

Para concluir este primer bloque puedo citar tres contribuciones más. Aurelio García López se detiene en un punto de historiografía local alcarreña, analizando un cronicón anónimo del XVIII y la influencia ejercida sobre esa clase de obras por el Marqués de Mondéjar. Un excelente artículo de Rafael Llanos nos muestra la colisión entre el espíritu ilustrado y el género hagiográfico —parece mentira, por cierto, el poco interés que despierta todavía la vastísima literatura espiritual española—, con especial interés, en escritores como el P. Isla y Joaquín L. Villanueva. Por último, desde el campo de la teoría literaria, Isabel Morales Sánchez estudia el lugar que ocupa el género histórico en los manuales de preceptiva del XIX, concluyendo que éstos no lo consideran de forma distinta que cualquier otro género literario, «por el contrario, la labor del historiador implica la adquisición de aptitudes compartidas por el filósofo o el poeta» (p. 285).

Un segundo bloque de trabajos muestran la manera en que la literatura ha pretendido reconstruir la historia sin renunciar a los distintivos propios del discurso de la ficción, a través de diversos géneros. En este caso, el interés parece

gravitar sobre el XIX, siglo por excelencia de la literatura histórica.

María I. Jiménez Morales y Alberto Romero Ferrer se interesan por el teatro. En el primer caso se trata de analizar la obra del granadino A. Fernández-Guerra y su acogida de la leyenda de *La Peña de los Enamorados*, que permite ver la mezcla del material histórico y legendario en la escena romántica. El segundo autor citado se remonta a los orígenes de esa misma modalidad de teatro histórico, al estudiar la recepción de *el Duque de Viseo*, adaptación de un drama gótico inglés por M. J. Quintana; con esta clase de piezas, «la historia se había cargado de una fuerza cultural y política que, con la mirada de la ficción puesta en el pasado más remoto, paradójicamente, se desentrañaba el horizonte de la literatura, el escritor elegido por Luisa M. Gutiérrez Hermosa para mostrar su reflexión acerca de la poesía épica renacentista, género controvertido donde los haya por sus relaciones con la historia.

Marieta Cantos nos descubre a un autor olvidado, J. M. Hue y Camacho y sus *Leyendas y novelas jerezanas*, colección de tres relatos cortos con la historia local como motivo, en los que «la ficción supera con creces las dosis de historia» (p. 59). Sobre el inagotable filón de la novela histórica trabajan en este volumen Iván Mariscal y Miguel Á. García Argüez, que pretenden cuestionar las teorías de J. I. Ferreras sobre la evolución del género, a partir del estudio de *Los bandos de Castilla* de López Soler y *El bufón del Rey* de Fernández y González. Por su parte, Beatriz García Anaya (y otras) plantea los límites entre novela e historia a partir de las dos obras que dedicó R. Solís a una misma evocación: *El Cádiz de las Cortes* (historia) y *Un siglo llama a la puerta* (novela).

Dos últimos trabajos abordan géneros marginales del canon literario. Isabel Mavrer estudia la *Historia de los templos*

de España de Bécquer como muestra de la concepción romántica de la historia. Alberto Ramos Santana toca el apasionante asunto de la literatura personal desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, con un largo e interesante preámbulo metodológico que da paso al estudio de un caso curioso: los manuscritos gaditanos de un tal Vicente Ferrino, alucinado cronista de la ciudad a mediados del XIX, que creía ser alternativamente Napoleón o Jesucristo.

Un tercer gran bloque ha establecido en las aportaciones de este encuentro, el que reúne acercamientos a las ideas y contenidos históricos en diversas modalidades literarias. Dos trabajos se ocupan de la prensa gaditana del XVIII y de la presencia en ellas de artículos de historia: Francisco Bravo Liñán busca y analiza seis de esos artículos en el *Correo de Cádiz* (1795-1800) para localizar en ellos el espíritu de la Ilustración; y Elisabel Larriba hace otro tanto en *El Argonauta español* (1790) de P. Gatell. Otros dos estudiosos rastrean la huella de la historia en las obras de *Fernán Caballero*: Antonio Gómez Yebra muestra la manera en que la ficción narrativa y el análisis político contemporáneo se combinan en *Memorias de un mirlo superior y propagandista* al servicio de una ideología reaccionaria, mientras que Amparo Quiles somete a un estudio similar la novelita *Un servilón y un liberalito*. Francisco J. Martínez y Gloria Mora sistematizan las ideas acerca de la historia antigua que se diseminan por la obra de Cadalso, para concluir que el escritor gaditano no se interesa tanto por la veracidad como por el efecto de la historia sobre la identidad nacional, para lo que no renuncia a los recursos de la ficción. Julio González observa la constante aparición del tema de la esclavitud entre las escritoras del XIX (Gómez de Avellaneda, F. Sáez de Melgar, R. León y C. Arnal, entre otras), que explica por su pa-

ralelismo con el problema de la emancipación de la mujer. Eduardo Galiano (y otros), finalmente, vuelve a un asunto ya clásico: la aportación de Cádiz a la imagen romántica de España en los libros de viajes, intentando mostrar la interacción entre la ciudad y el viajero.

Para terminar este recorrido, sólo me queda ofrecer una rápida mirada por los artículos con los que se encontrará el lector en este volumen, de tema ajeno a la literatura española. En el campo de la historia del arte hay textos sobre el cine histórico (Víctor Amar) y sobre la mujer en la pintura rococó (Luis Puelles). Por su lado, Cinta Canterla nos habla de la memoria y la fantasía en el *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* de Kant. Santiago Leoné reflexiona en torno a la relación entre relatos históricos e identidades colectivas, aplicada al caso de Navarra. En el terreno de la historia social, Francisco J. Maestrojuán estudia el uso ritual de la fiesta y el espacio público por el poder en la Zaragoza del asedio francés. Oriol Pérez relaciona a Haydn y Goethe en el marco prerromántico del *Sturm und Drang*. Por fin, hay cuatro trabajos sobre literatura inglesa: Rafael Galán se acerca a la novela gótica y Máximo Tobías a la novela histórica (W. Scott y F. Cooper); Ana I. Romero Sire reconstruye la concepción de la historia en Blake y María R. García-Doncel la de Jean Rhys.

Se me permitirá dejar de mencionar uno de los treinta y cuatro artículos del volumen, que pienso desmerece claramente del alto nivel que ofrece en conjunto esta nueva entrega de los gaditanos *Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, siempre caracterizados por el deseo de establecer puentes entre diferentes disciplinas académicas (filosofía, historia, literatura, arte...); en esta ocasión, creo que el objetivo se logra con gran mérito, ya que seguramente el lector tendrá problemas en identificar a partir de

los textos cuál es la especialización profesional de muchos de los autores. Una puesta en común: de eso se trataba.

FERNANDO DURÁN LÓPEZ

D'ANGELO, Paolo, *La estética del romanticismo*, Madrid, Visor, 1999 (La Balsa de la Medusa. Léxico de Estética), 268 pp.

El primer aviso que debe recibir el inadvertido lector que se enfrente a este libro (publicado en 1997 en italiano con la misma denominación) guarda relación con su título, donde habría sido más propio usar el sintagma «romanticismo alemán», o, con mayor rigor aún, «primer romanticismo alemán». Porque, en efecto, las pocas referencias que en él se hacen al romanticismo inglés (Wordsworth y Coleridge), francés (Chateaubriand, Victor Hugo y Stendhal) e italiano (Breme, Manzoni, *Il Conciliatore*, Foscolo, Leopardi...), constituyen sólo ricos y esclarecedores puntos de comparación para comprender mejor la idiosincrasia del romanticismo germano y sus diferencias con el resto de romanticismos europeos, que para D'Angelo se limitan a los cuatro mencionados: no existe la más mínima referencia al (presunto) movimiento romántico español.

Esta aclaración no debe entenderse como un demérito del libro, sino como una necesaria explicación de su contenido. Digamos ahora, a favor del título, que la estética del romanticismo alemán explica y representa fielmente las líneas más universales del movimiento romántico en general, y que el lector, a la conclusión del libro, conocerá los elementos definitorios más esenciales del romanticismo europeo. Añadamos también que el libro llena un vacío de la bibliografía española, que no contaba con un estudio

detallado de esos primeros románticos alemanes y de sus posiciones teóricas respecto a cada una de las cuestiones más representativas de la teoría del arte.

Confesando ya de partida su intención de obviar la acepción metahistórica del término «romanticismo», Paolo D'Angelo se propone caracterizar su objeto de estudio en tanto que fenómeno histórico, como categoría historiográfica, a pesar de la dificultad para establecer unas fronteras cronológicas muy precisas, ya que la «estética del romanticismo» es una tendencia que no puede encerrarse en unos estrictos límites temporales: «entre 1795 y 1830, la estética fue sobre todo romántica, pero no fue exclusivamente romántica» (p. 42). Aun así, el autor italiano reconoce la distinción entre primer y segundo romanticismo alemán, y realiza su explicación de manera que el lector finalizará su tarea con una clara impresión de los cambios fundamentales que se produjeron en el desarrollo de un movimiento que afectó no sólo a la literatura y las artes, sino al ámbito general de la cultura, incluidas, por supuesto, la filosofía, la religión, la política y la ciencia.

La difícil unidad del Romanticismo europeo, así como la diversidad de tendencias y personalidades que constituyen el romanticismo alemán, hacen dudar en principio de los resultados de una indagación unitaria sobre este movimiento. D'Angelo se justifica a priori afirmando que la estética europea «se desarrolla a partir del conocimiento de la riquísima reflexión estética del romanticismo alemán» (p. 18) —más adelante (p. 32) puntualizará que sólo el primer romanticismo alemán fue conocido en Europa—, y que la presumible diversidad alemana «permite una reconstrucción unitaria, y un análisis interno articulable con cierta precisión» (p. 19).

No puede negarse que D'Angelo sabe resolver holgadamente esta enorme dificultad de salida: en el libro quedan bien

esbozadas las diferencias cronológicas y de pensamiento entre los distintos romanticismos europeos, y quedan bien explicadas —éstas con mucho más profundidad— las concomitancias y disensiones del romanticismo alemán, así como las líneas maestras del romanticismo en su acepción más universal.

El lector español poco avezado en esta materia —el libro va dirigido a lectores poco iniciados, pero no hay duda de que también servirá a estudiosos del romanticismo con lagunas en cuestiones de estética o filosofía del arte, algo más habitual de lo que se piensa— podría pensar en una radical oposición entre los postulados neoclásicos y los románticos, tal y como nuestra historiografía ha interpretado el caso hispano. Sin embargo, D'Angelo se ocupa de matizar las diferentes coyunturas nacionales: si en Italia y Francia (y España, añadamos nosotros) la nueva tendencia se vivió como antagónica a la anterior, en Inglaterra y Alemania la oposición es más diluida. Por lo demás, es sabido que en la estética del siglo XVIII existen ya algunos elementos que anuncian los futuros principios románticos.

Con las referidas premisas, D'Angelo se adentra en la teoría literaria del romanticismo desde una perspectiva que comprende —como no podía ser de otro modo— la filosofía de la historia, del arte, de la naturaleza, de la religión, la ética..., disciplinas contiguas que el romanticismo intentó relacionar, sistematizar y ordenar en su desarrollo histórico.

En el capítulo introductorio, D'Angelo realiza un pedagógico recorrido cronológico por las obras culminantes del romanticismo teórico en los cuatro países señalados. Ésta es la parte del libro donde se presta mayor atención a los romanticismos europeos ajenos al alemán. Habría sido oportuno incluir algunas referencias sobre España, aunque sólo hubieran servido para constatar la ausencia de teóricos españoles de relevancia,

ausencia que, quizás en distinta medida, afectó también a Francia e Italia.

Tras la introducción, el libro se estructura en torno a tres grandes apartados: «el arte entre historia y absoluto», «categorías estéticas» y «poética y crítica». En el primer apartado se indaga en los dos elementos aparentemente paradójicos que definen de manera más general la esencia del movimiento romántico: se trata de su radical manera «histórica» de comprender la literatura y el arte, y, por otra parte, su apasionada búsqueda de universales estéticos, que ya no serían —como en el mundo clasicista— cánones invariables y fijos aplicables a cualquier época y país, sino principios difícilmente definibles, integrantes de una «gnoseología superior», que sólo podrían hallarse en la poesía, cuya dignidad en el ámbito del conocimiento es elevada ahora incluso por encima de la filosofía. Sólo el arte es capaz de explicar lo infinito a través de lo finito; sólo la imaginación creadora —la «intuición estética», la ironía— permite el acceso a la verdad.

En este primer apartado, D'Angelo intenta explicar esa oscilación romántica entre historia y sistema a través de binomios como antiguo/moderno (disputa clasicista ya sin operatividad: cada época es diferente), ingenuo/sentimental y clásico/romántico. La «historización» romántica conduce irremediamente a la condena del clasicismo, cuyo modelo literario está basado en un mundo ajeno, el antiguo; de ahí «el problema de la Nueva Mitología» —cuyo planteamiento debería conducir a una nueva «edad de oro» de la poesía, y resolvería la fractura social entre el mundo de los cultos y el del pueblo—, la asunción del cristianismo, la exaltación de la Edad Media, el «descubrimiento» de Oriente, o la recuperación de autores «infractores», como Shakespeare. Gracias al hallazgo de estos absolutos se produjo un verdadero desarrollo de la historia literaria.